

vamente en Este, Ridolfi, Salviati, y por fin en Cervini o del Monte (1). Ya el 3 de diciembre había hecho escribir Enrique II a su embajador que no quería a Pole (2); y como el emperador había excluído señaladamente al de Lorena como francés, a Ridolfi, Salviati, Cervini, Capodiferro y Verallo, y de nuevo los excluyó a 19 de diciembre (3), se comprenden los lamentos de Maffei, de que casi todos los cardenales principales habían sido borrados ya por Carlos V, ya por Enrique II, por lo cual personas de poco valer cobraban esperanzas de alcanzar la tiara (4).

Además de los cinco especialmente nombrados, excluyó Carlos V el 30 de diciembre a Carafa (5). También el embajador imperial había de trabajar contra la elección de de Cupis o del Monte, pero sin hablar de esta orden fuera del caso de necesidad para no enemistarse inútilmente con ellos (6). También guardó Mendoza en secreto por algún tiempo las otras instrucciones imperiales para poder impedir el triunfo de alguna candidatura hostil, con una simulada intervención en favor de uno de los realmente excluídos. Así favoreció aparentemente la elevación de Salviati (7), con lo cual logró que los demás diplomáticos le acusaran muchas veces al emperador y que este mismo le diera una grave reprensión (8).

Cuál habría de ser la marcha del negocio en tal situación de las cosas lo habían predicho ya muy de antemano los conocedores de las circunstancias. Buonanni, conclavista del cardenal Toledo, escribía ya a 27 de noviembre de 1549, aun antes de comenzar las gestiones para la elección: si el conclave no dura más que cuatro o seis días, es sentir común que tendrán buen éxito Pole o Toledo; pero si las negociaciones se prolongan y

(1) Enrique II a Guisa en 25 de enero de 1550; d'Urfé a Enrique II en 20 de enero de 1550 (Ribier, II, 259, 262; De Leva V, 78). Una carta del rey francés, la que designaba como candidatos ante todos a de Cupis, Salviati, Ridolfi y Lorena, fué ya conocida en el conclave el 6 de enero (Massarelli, 85).

(2) Ribier, II, 258.

(3) Druffel I, 336. La carta llegó a Roma el 29 de diciembre. Era la respuesta a una notificación del conclave, de 8 de diciembre, la que había llegado a Bruselas el 18. Dandolo en Brown, V, n. 613. Gualterio en Merkle, II, 78, 89.

(4) Maffei en Merkle, II, 63.

(5) Druffel, I, 338.

(6) Maurenbrecher, 222, nota 9.

(7) De Leva, V, 79.

(8) De Leva V, 86. Maurenbrecher, 223, nota 10. Gualterio en Merkle, II, 78, 85. Petrucelli, II, 43, 45.

llegan los cardenales franceses, opina que, dadas las dificultades opuestas a la candidatura de Salviati, se abriría una buena perspectiva para del Monte; si los imperiales apoyaban su candidatura, podría llegar fácilmente al trono pontificio y su elección contentaría a todos (1). Serristori por su parte, que sacaba muchas de sus noticias de Buonanni (2), escribía al duque de Florencia después de la llegada de los cardenales franceses: los imperiales y los franceses tienen ahora tomados los caminos, y no quedan sino dos soluciones: o que un partido agote la paciencia del otro a fuerza de continuas votaciones, o que se convenga en un Papa que sea lo menos desagradable que se pueda a entrambos. Él cree que del Monte podría ser uno de aquellos, por los cuales optarían los franceses y que sería menos desagradable al emperador, pues aunque había consentido en la traslación del concilio, sólo lo había hecho por obediencia al Papa, y en lo demás ni había sido nunca afrancesado ni quería serlo, sino más bien imperial (3). A la verdad por entonces nadie pensaba seriamente en el conclave en la candidatura de del Monte, por más que ya el 14 de enero Guisa le había propuesto entre otros como candidato; y el cardenal Sforza predijo ya entonces con gran determinación, que los electores convendrían finalmente en del Monte (4). También Guisa escribía hacia el fin del año que del Monte o Cervini podían ser Papas el día siguiente si quisieran los franceses; pero que por dar gusto al rey se intentaría antes sacar todos los demás candidatos y se perseveraría mientras ofrecieran éstos alguna esperanza (5). Por el otro lado los imperiales estaban decididos a perseverar en la elección de Pole. Luego, tan pronto como llegaron los cardenales franceses, se

(1) \* Se i[n] 4 o 6 giorni del conclavi si facesse Papa, credano che o Inghilterra o Burgos fussero per riuscire... In caso che la detta promotione vada a lungo, penso che con li obstaculi che harà Salviati, si farà gran giuoco a Monte, il quale se fusse abbracciato secretamente dagl'Imperiali con quelle sorte d'obligationi..., anderebbe a quella sede con pochissimi obstaculi et satisfarebbe universalmente la sua elettione. Carta de Buonanni a Cristiano Pagni, fechada en Roma el 27 de noviembre de 1549 (*Archivo público de Florencia*). Vide Petrucelli, II, 34 ss.

(2) Petrucelli, II, 26.

(3) Legaz. di Serristori, 222.

(4) Maffei en Merkle, II, 59.

(5) Guisa a Enrique II en 28 de diciembre de 1549 (o según de Leva, V, 81, el 2 de enero de 1550), en Ribier, II, 260.

reunieron en la habitación del cardenal Madruzzo y se obligaron formalmente a elegir a Pole (1). Esta resolución nació por ventura de cierto modo de terquedad, la cual se aferra a una cosa desesperada, pero también se puede ver en esto el influjo del partido reformista, que empleaba todos sus esfuerzos para sacar finalmente un Papa de sus ideas. Por eso decía el cardenal Truchsess el 20 de enero, trabándose vivamente de palabras con de Cupis: nosotros queremos un Papa bueno y santo, al paso que vosotros deseáis uno que sirva al cuerpo y no al alma. No queremos ver elegido otro Papa como han sido los cuatro o cinco últimos, que desatendieron a la Iglesia de Dios para enriquecer a sus nepotes (2).

En tales circunstancias no podía pensarse en una pronta terminación del conclave. A las ocho votaciones celebradas hasta entonces sin resultado siguieron otras cincuenta y dos no menos infructuosas, en las que no se tenía de antemano otro designio sino prolongar el tiempo, ya sea que esperasen nuevas instrucciones de los príncipes temporales, ya sea por procurar la ocasión de trabajar bajo mano por un candidato determinado (3). Ante todo se difería la resolución para que los émulos, de puro fastidio por las interminables intrigas, acabaran por dar su voto hasta a un candidato menos agradable. De este modo obtuvo Pole en los cincuenta y dos escrutinios hasta 9 de enero constantemente veintitrés votos, y desde aquella fecha, por la defección de de Silva y Cibo, veintiuno. Como émulo le habían puesto los franceses a Carafa, no porque realmente desearan que saliese Papa (4), sino para derrocar al reformista y severo Pole oponiéndole otro candidato de las mismas cualidades (5). El cardenal napolitano alcanzó de este modo desde el 15 de diciembre hasta el fin, hasta veintiuno o veintidós votos.

Entre tanto el tesoro pontificio se consumía en los sueldos de las tropas reunidas para proteger al conclave (6), el pueblo escandalizado alborotaba constantemente frente a él y clamaba le dieran un nuevo Papa, mientras el clero y los religiosos hacían dia-

(1) Gualterio en Merkle, II, 57.

(2) Massarelli, 69.

(3) Ribier, II, 268.

(4) De Leva, V, 81 nota.

(5) Dandolo en 18 de diciembre de 1549: Francesi... con dire: opponamus sanctum sancto ne diero 22 a Chieti. De Leva, V, 81.

(6) Massarelli, 131.

rias procesiones de rogativas (1). En Alemania los luteranos se burlaban de la desunión de los romanos (2), y en Roma se expresaba el universal disgusto en numerosas sátiras sobre los cardenales y su servilismo respecto de los príncipes (3).

Sin abandonarse en el conclave las candidaturas de Pole y Carafa, se intentaron las de algunos otros cardenales; pero por lo general no se trabajaba en favor de ellos sino bajo mano, y no se sacaban a luz sino cuando se les había asegurado un buen número de votos. Por esta causa no se habla de varias de dichas candidaturas en las relaciones sobre los escrutinios.

También se presentaron aquí y allí varios proyectos del modo cómo se podría hacer la votación del nuevo Papa por camino diferente del ordinario. Un primer proyecto se había propuesto ya el 14 de diciembre, antes de que los franceses hubieran presentado ningún candidato propiamente suyo. Aquel día se reunieron ambos partidos, el uno en la capilla Sixtina y el otro en la Paulina y trataron entre sí por medio de negociadores. Los franceses dieron a escoger entre nueve candidatos: tres franceses (Lorena, Tournon y du Bellay); tres italianos afrancesados (Salviati, Ridolfi y de Cupis) y tres neutrales (Carafa, del Monte y Cervini). Los imperiales contestaron que solamente querían a Pole (4), y por efecto de esta respuesta continuó el fastidioso juego de los escrutinios inútiles.

A la verdad los mismos imperiales comenzaron a considerar indiscreta su tenaz insistencia en la candidatura de Pole, por lo

(1) *Ibid.*, 59.

(2) «Pour un Lutherien qu'il y avoit auparavant la vacation du Papat, il y en a maintenant quantité», cuentan que dijo Carlos V (carta de Enrique II a Guisa, de 6 de febrero de 1550, publicada por Ribier II, 263). Las votaciones después de quince o veinte días, eran criticadas en Alemania. Carta de Ayala a Mendoza, fechada el 17 de diciembre de 1549, y publicada por Druffel, I, 328.

(3) V. Massarelli, 85. Sobre la abundante literatura de pasquines acerca del conclave de Julio III, además de la excelente Memoria de Cian, publicada en el *Giorn. stor. della lett. Ital.*, XVII, 337-353, véase también *ibid.* XLIII, 232 ss. Hállanse asimismo sátiras inéditas sobre el conclave en el *Cod. Palat.*, 1913, de la *Biblioteca Vaticana*. La observación que hace Julio Gentile en una \*carta al canciller mayor de Milán, fechada en Roma el 5 de enero de 1550 (*Archivo público de Milán*), de que envía él los pasquini, aunque sean assai ignobili, scortesi et sporchi, vese confirmada, fuera de otras producciones de este género, por la \*Pasquinetella en dialecto veneciano, que envió a Mantua José Inglesco con una carta de 28 de enero de 1550 (*Archivo Gonzaga*).

(4) Massarelli, 58 s.

cual se reunieron el 16 de diciembre, y aquel mismo día muy tarde enviaron a Truchsess, Pacheco y Farnese como negociadores a los franceses, para proponerles en lugar de Pole la candidatura de Carpi o de Toledo; pero, como era de prever, su ofrecimiento fué rechazado (1). Ya antes habían pensado los imperiales en trabajar en favor de Sfondrato, y para mantener secreto su verdadero designio, favorecer en las votaciones a Morone. «Durante muchos días — dice Maffei (2) — no se hizo otra cosa sino proponerse mutuamente nuevos proyectos, más para pasar el tiempo que para llegar a una efectiva elección.»

Entonces fué cuando los cardenales imperiales, solamente para honrarle, dieron al cardenal infante de Portugal quince votos; en lo cual los sobrepusieron al siguiente día los franceses, dando por esta misma razón honorífica a Guisa dieciocho votos y dos accepciones. «¡Mira, pues, oh lector—advierte a propósito de esto Massarelli el 17 de diciembre (3), — a qué tiempos hemos llegado! Después de haber empleado veinte días inútilmente en la elección de un Papa, y cuando todo el pueblo cristiano clama diariamente con una misma voz, que le den finalmente un Pontífice; he ahí el celo que despliegan los cardenales por el bien común; pues en la votación de hoy han dado veinte votos a un joven de veintitrés años, no con el designio de hacerle Papa (como ellos mismos lo confiesan), sino por consideración a su nobleza y a la privanza que goza con su rey. Es del todo cierto que en nuestros tiempos son elevados a la dignidad cardenalicia personas, que tienen más cuenta de complacer a los hombres que a Dios. Pues Dios sabe que es así: algunos cardenales a quienes se les han propuesto candidatos por todos respectos dignos de ser elegidos para el papado, han dado por respuesta: que no agrada al emperador que sea elegido; o los franceses: que no place a nuestro rey que éste sea Papa.»

A los deseos del pueblo de una presta elección, se agregaron el 19 de diciembre los de los prelados y barones, a quienes se había confiado la guardia del conclave. Por todas partes, decían, se producen escándalos a los cuales no puede poner remedio más que un Papa, los soldados comienzan a cobrar de día en día mayor arrogancia, las calles no ofrecen ya seguridad y no es posible conti-

- (1) *Ibid.*, 62.  
 (2) Merkle, II, 59.  
 (3) *Ibid.*, 64 s.

nuar soportando los gastos de la sede vacante (1). También se hizo sentir el disgusto en el seno del Sacro Colegio. Llegóse a expresar el proyecto enérgico, de que se encerrase juntos y dejase sin alimento a los adalides de ambos partidos, Guisa y Farnese, hasta tanto que se pusieran de acuerdo sobre un candidato (2). El 17 de diciembre el joven cardenal de Guisa tuvo por conveniente decir a Pole en presencia de todos los cardenales y conclavistas, que esperaban ansiosamente el resultado de aquel asunto: que no poseía las cualidades necesarias para cabeza suprema de la Iglesia; que su repentina ausencia de Trento había excitado sospechas de que no estaba conforme con la doctrina de la justificación; debía, pues, renunciar a ser elegido. El así acometido respondió con calma, que su ausencia de Trento no había tenido otra causa sino el estado de su salud; que no daría paso ninguno para llegar a ser Papa, pero tampoco estorbaría a los cardenales que dieran su voto a quien quisiesen (3).

Con todo, la candidatura de Pole fué pareciendo cada vez más irrealizable, y los mismos imperiales no pudieron por mucho tiempo cerrarse a esta evidencia; por lo cual después del susto que tuvieron el 26 de diciembre por la noticia de que iban a llegar pronto todavía otros tres cardenales franceses, pusieron todas sus fuerzas para sacar si fuera posible al día siguiente la candidatura de Toledo. En realidad lograron con todo secreto ganar, además de los veintitrés votos que ya tenían, otros ocho, de modo que la elección de Toledo parecía asegurada. Pero a pesar del secreto esparcióse el rumor del plan, y los franceses, que presentaban por su parte a de Cupis, se dieron maña, trabajando hasta muy entrada la noche, para volver a restar a los imperiales aque-

(1) Massarelli, 67.

(2) Gualterio, en Merkle, II, 67. Pueden verse otros proyectos ahí mismo y en Pablo de Brevibus, *ibid.*, 66. Como el 7 de enero después de comer, estuviesen juntos casi todos los cardenales en un corredor del conclave, y algunos de ellos dijese por chanza, «sería bueno que ahora cerrasen las puertas y por este medio obligasen a los cardenales a la elección», los conclavistas las cerraron efectivamente por espacio de tres horas. *Ibid.*, 86.

(3) Gualterio, en Merkle, II, 64. Una escena semejante se repitió el 22 de marzo. Cuando en la votación de este día hubo Pole obtenido de nuevo sus veintitrés votos y Carafa veinte, se levantó éste y rogó a los cardenales que prescindiesen de su elección. Levantóse asimismo Pole después y repitió su anterior declaración. Si alguno le daba su voto sólo por amistad, suplicaba que lo dejase de hacer; pero si alguien lo efectuaba por motivos de conciencia, dijo que no podía ni quería forzar a nadie. Massarelli, 703.

llos ocho votos. El 27 de diciembre Toledo no tuvo más que veinte votos, mientras de Cupis alcanzó veintiuno y un acceso. Los imperiales hubieron de presenciar, por tanto, que el 28 de diciembre se reforzaba el partido francés con los cardenales de la Chambre y d'Amboise.

Entre tanto había surgido una nueva dificultad. La víspera de Navidad se había de inaugurar el año jubilar de 1550 abriendo la puerta áurea, y ya habían llegado a Roma muchos peregrinos; pero entonces se suscitó la duda de si podía comenzarse el año jubilar con sus ordinarias indulgencias y privilegios, sin haber Papa ni realizar dicha ceremonia. Así, pues, los prelados y barones se dirigieron a los cardenales, lamentándose al propio tiempo de la excesiva duración y mala marcha del conclave. Los barones eran de opinión que se les había de confiar la guardia de las puertas del conclave, pues los prelados eran demasiado indulgentes para un cargo semejante. El 29 de diciembre el decano de Cupis puso estas quejas en conocimiento de los cardenales. En lo tocante a la marcha defectuosa del conclave, que nadie negaba, no se puso por entonces remedio; mas por lo relativo al jubileo se expidió al día siguiente la declaración, de que había comenzado sin duda y que el Papa nombrado celebraría después la apertura de la puerta áurea.

Mas a la verdad, por aquellos días no había aún esperanza de que llegara pronto el Papa futuro. Los imperiales, según escribe a 21 de diciembre de 1549 el embajador veneciano Dandolo, habían empeñado por escrito su palabra de no ceder a los adversarios; y el 8 de enero de 1550 decía de ambos partidos, que se habían obligado con juramento a no cejar en su resistencia (1). Como escribían desde el conclave el 26 de diciembre, los franceses se jactaban entonces de hallarse en el conclave como en un paraíso, por lo cual estaban decididos a perseverar hasta que todos los demás se hubieran cansado. Del mismo modo decían sus émulos, los cuales afirmaban que, ni la prolongación del tiempo ni cosa alguna quitaría a Pole un solo voto, ni les impondrían otro candidato (2). La irreconciliable oposición de los partidos — decía otro informante a 4 de enero de 1550—provenía de que los unos esperaban que el Espíritu Santo viniera de Flandes, y los otros de Francia. En la ciudad se hacían apuestas en un cuarenta por ciento sobre que no habría

(1) Brown, V, n. 602, 618.

(2) Ibid., n. 606.

Papa en enero, y en un diez por ciento, que tampoco lo habría al mes siguiente (1). Todavía después se habla de tales apuestas (2). En la ciudad se habla de todo antes que de la elección pontificia, escribe a 4 de enero un servidor del cardenal Gonzaga (3). A lo más espera otro relator, que la elección se acelerará por las malas condiciones higiénicas del conclave, pues con el humo de los cirios y antorchas y con el vapor de los manjares y otras cosas semejantes, se hallaba el aire corrompido en tal manera que algunos temían seriamente por su salud (4).

El 2 de enero de 1550 se hizo una débil tentativa para ponerse de acuerdo sobre la elección; Guisa y Farnese convinieron en celebrar una entrevista, en la que por fin ofreció el de Guisa como candidatos a los cardenales de Cupis, Salviati, Ridolfi, Lorena, Este y Capodiferro. Contestóle Farnese que él haría otro más generoso ofrecimiento: que o bien Guisa escogiera un Papa entre los veintitrés partidarios de Pole, o que consintiera en que él, Farnese, eligiera uno de los veintidós que habían votado a Carafa. Pero ninguna de estas dos proposiciones fué admitida (5).

(1) \* Stanno anchora in conclave questi reverendissimi signori, ne pare che vi sii una speranza al mondo di Papa. Sono divisi in due parti et stanno la dentro ostinati, aspettando l'una il Spirito santo di Fiandra et l'altra di Francia, che Dio sa quando saranno d'accordo, nè può fare il Papa l'una parte senza l'altra, se non si rumpano. Si da quaranta per cento che non si farà per tutto questo mese et dieci per l'altro. Pedro María Carissimo a Sabino Calandra, en 4 de enero de 1550 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Mendoza se permitió la agudeza de desear a los Cardenales, en vez de felices Navidades, felices Pascuas de Resurrección. Gualterio, en Merkle, II, 74.

(2) Brown, V, n. 621 (11 de enero), n. 627 (15 de enero), n. 629 (18 de enero), n. 630 (22 de enero).

(3) \* La cosa è di maniera posta in silentio che d'ogni altra cosa si ragiona qui che di questa. José Inglesco a Sabino Calandra, secretario ducale (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

(4) \* Non s'ha una minima fermeza di dover haver un Papa di qui a quindici di et di conclavi si sono havuto polize et qui in casa nostra et altrove che promettono che presto presto sara fatto un Papa, et acenano a Salviati, mostrando che quei s. reverendissimi sieno sforzati a risolversene se non per altro almeno per non ammorbarsi in quel conclavi, dove dicono che è tanto fumo delli candeli et torchi che vi si tengono accese, et tanta polvere et tanta puzza delli cantari orinali et tinello che vi si fa di continuo, che poco poco più che duri quella festa dubitano da vero di ammorbarsi. José Inglesco a Sabino Calandra, secretario ducale et castellano di Mantova, en 31 de diciembre de 1549 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Véase la carta de Dandolo, de 22 de enero de 1550, publicada por Brown, V, n. 630. Con frecuencia es mencionado el mal olor de las letrinas. Firmanus, en Merkle, II, 88, 96.

(5) Massarelli, 82. Vide la \*relación de Julio Gentile al canceller ma-